

A la [segunda] vuelta del milenio. *Estudios del Hombre*, núm. 15 “Nuevos ensayos sobre Milenarismo”

Para C

Luis Gómez Gastélum¹
Universidad de Guadalajara

Existen temas que resultan fascinantes para las personas y, en ocasiones, también para las revistas. Ese parece ser el caso en la cuestión que hoy nos ocupa, ya que por vez primera la revista *Estudios del Hombre* y su director, Ricardo Ávila en esta oportunidad acompañado por Alicia Velázquez, vuelven sobre un tema—el milenarismo—abordado en el número 11 de esta publicación. Si bien, como reza la *vox populi*, las comparaciones son odiosas, es imposible ignorar que, en esta nueva entrega, se busca dejar

en claro que se trata de una continuación, algo visible hasta en el color de la pasta de ambos números. Para terminar con el cotejo, conviene señalar que en este número hay menos colaboraciones, tres autores reinciden y puede quedar la impresión de que terminaron aquí los cabos sueltos que no cupieron en la primera.

Volviendo al número 15, se abre con la *Presentación* en la que se hace una descripción sucinta de las características de cada artículo desde la perspectiva de los coordinadores del número.

La primera colaboración viene de la pluma de Alfredo de la Lama

1. Se agradecen aquí los comentarios que hicieron Cristina Ramírez, Cuquita Plascencia y Marco Antonio Acosta a las ideas iniciales de este exordio

García, "Los reinos de Dios en la tierra", en la que se examinan diversos movimientos milenaristas durante el siglo XIX. Establece el autor que tales fenómenos "tuvieron como antecedentes la penetración capitalista a partir de la revolución industrial (1780-1800) y, como consecuencia, la expulsión de los campesinos o de las tribus de sus tierras ancestrales, de manera pacífica o violenta" (p. 16), por lo cual pueden ser vistos como las últimas luchas anticolonialistas de origen tradicional. Suelen tener en común un origen en la desesperación provocada por la pérdida tanto de bienes como de esperanzas, de ahí que no resulte extraño que convivan con actividades de bandidaje. Aporta cinco ejemplos. El primero habla de "Chan Santa Cruz", en la península de Yucatán, donde los indígenas mayas son los principales protagonistas. El segundo aborda el "Imperio de la Gran Paz", en la provincia de Nankin, China, donde los nativos responden a la penetración colonial inglesa aliada al Imperio Chino dominante. El tercero aborda el fenómeno conocido como "El Canto del Mesías", que heredó por última vez a los indios de las grandes praderas estadounidenses. En el cuarto se ocupa de los sucesos de Tomochic, en Chihuahua, donde la aparición de personajes "santos", desligados del catolicismo oficial, sirve de pretexto para consolidar la dominación extranjera en la región.

En el último de los ejemplos, ubicado en Canudos, Brasil, a partir de otro personaje "santo" se logra establecer una comunidad de resistencia, que fue sangrientamente exterminada por constituir un desafío al orden establecido.

Como bien señala el autor "el milenarismo del siglo XIX se destacó en su empeño por restablecer sus formas tradicionales de vida y a la vez combatir a los infieles, para crear una sociedad que redimiera valores en crisis, sobre todo los de orden religioso" (p. 40), aunque tal cosa resultó ser el último estertor de los modos de vida que se negaban a morir ante el avance y consolidación del capitalismo. De este modo, "fueron exterminados de manera violenta, en nombre de la civilización, los ideales y los valores de Occidente, so pretexto de ser movimientos bárbaros, retrogradados, conservadores y retardatarios. Se trataba, según los vencedores, de una lucha entre la civilización y la barbarie, por lo que no hubo para ellos ni tolerancia ni conmiseración" (p. 41).

En este escrito el análisis resulta sólido y bien estructurado. Su principal virtud estriba en su visión comparativa, que permite hacer generalizaciones, útiles para la explicación y comprensión del fenómeno milenarista no sólo en el siglo XIX, sino también en la actualidad, al sentar las bases para reconocer las características tanto de los líderes involucrados, como de los procesos y elementos ne-

cesarios para la formación de este tipo de manifestaciones.

El segundo artículo es de Francisco Javier Ullán de la Rosa, quien aborda "El fenómeno milenarista como revelador de crisis y conflictos sociales". A diferencia del anterior, trata un estudio de caso e inicia señalando que "la esencia del milenarismo es la utopía social, es decir, el planteamiento de una nueva sociedad de perfección ideal que sustituya al orden establecido" (p. 43). Sus observaciones fueron obtenidas en la Huasteca, a partir de los grupos indígenas nahuas allí establecidos desde la época colonial, comarca que fue constituida como región de refugio a partir de entonces.

Luego de una contextualización histórica de lo que ha sido la Huasteca durante la segunda mitad del siglo pasado, donde se destaca la situación de los indígenas y su relación con los ganaderos mestizos, pero principalmente con las agencias gubernamentales encargadas de "la problemática indígena", el autor se enfoca sobre la religiosidad como un mecanismo para resolver de manera simbólica las contradicciones del sistema social, que perjudican principalmente a los nahuas. Si bien es a través de las prácticas religiosas como este grupo étnico le da sentido a su existencia, también es cierto que éstas constituyen un campo de lucha entre las visiones autóctonas ya sincretizadas y el catolicismo oficial para ganar el

dominio de las almas, pero también económico y político, de los habitantes de la región.

De tal manera, en el último cuarto del siglo XX, en "un panorama de crisis social entre los nahuas de la Huasteca que ha desembocado en una situación de anomia con toda su retahíla de síntomas asociados: alcoholismo, desintegración y violencia familiar, fracturas y enfrentamientos sociales internos y, en la otra cara de la moneda, movimientos milenaristas" (p. 53), surge un fenómeno que agudizará la situación y que será plenamente visible precisamente en el ámbito de la religiosidad.

Dicho proceso tiene su figura principal en Amalia Bautista, quien fue expulsada de su tierra por la necesidad de trabajo y acabó en la ciudad de México como empleada doméstica, al igual que muchas de sus congéneres. Sin embargo, apunta el autor, una particularidad especial de esta persona es su religiosidad y su disposición para, en un principio, haberse integrado a la acción católica oficial. A partir de su estancia en la capital de la República, estaba depresiva para ella, empieza a tener visiones en las que la Virgen se comunica con ella. Luego regresa a su región natal, allí "Amalia comienza a entrar en trance repetidamente. Durante la experiencia extática bombardea a sus paisanos con mensajes y, al salir del trance, continúa predicando" (p. 54). Tal situación prende entre sus coterráneos,

dando lugar a una manifestación religiosa que atrae a las masas y que, a juicio del autor, tiene especificidades milenaristas.

Sin embargo, el propio Ullán aclara,

Una de las características más significativas del fenómeno de Amalia Bautista es la naturaleza 'pasiva' de su carisma mesiánico, no controlado plenamente por ella debido a su condición de mujer y menor de edad, posición carente totalmente de estatus en la sociedad indígena. Por eso, en aquel momento, no se puede hablar de un movimiento sino de un calidoscopio de símbolos y mensajes unidos endeblemente por una personalidad que actúa de simple faro de difusión de los mismos (p. 55).

Sigue la descripción del desarrollo del movimiento, señalando que su climax se alcanzó en la Semana Santa de 1994, cuando su personaje principal predice el advenimiento del castigo divino como preparación para la llegada del año 2000. Sin embargo, esto no ocurre, y aunque la credibilidad que tenía el fenómeno resulta menguada, sigue siendo altamente aglutinador de la religiosidad indígena de la región. A partir de ese momento inicia una lucha entre la Iglesia Católica y las prácticas religiosas nativas con la clara finalidad de quedarse con todo lo que la muchacha y sus seguidores representan.

El final resulta previsible, y así lo señala el autor, "el movimiento amalista estaba destinado a desaparecer ante su incapacidad de derivar hacia una organización eclesial propia" (p. 65), con lo cual fue absorbido por el catolicismo oficial.

Concluye el análisis mediante la revisión de las fracturas que reveló el fenómeno. Éstas son agrupadas en psicológicas y generacionales, socioeconómicas, políticas, religiosas y étnico-culturales. Observando el entorno que rodeó a Amalia Bautista, el autor explica cómo se articularon en torno a ella, o en su contra, los intereses de los indígenas que han sido mayormente perjudicados por el sistema, pero también de quienes se han visto beneficiados por sus ligas con la estructura nacional, independientemente de si el personaje principal del movimiento favorecía o lesionaba sus posturas. Cabe señalar que dichas posiciones nunca fueron monolíticas ni definitivas, sino cambiantes de acuerdo con las ganancias que se obtuvieran en el momento.

No cabe duda que el análisis de Ullán es esclarecedor sobre la situación que viven los grupos indígenas nahuas de la Huasteca, sin embargo, lo que no resulta muy claro es la caracterización que hace del fenómeno que estudia en la categoría del milenarismo. Si se sigue el propio análisis que el autor realiza, queda la impresión que el movimiento amalista no rebasa la fase del "calidos-

copio de símbolos”, pues jamás se plantea el realizar la utopía como movimiento propio e independiente, tanto así que es incapaz de abandonar la esfera del catolicismo oficial. No hay que dudar, en cambio, en ubicarlo como un movimiento milenarista embrionario que, desafortunadamente para sus seguidores, nunca llegó a cuajar.

El tercer estudio, de Eliseo López Cortés, gira en torno a “‘El último cielo en Jalisco’, Neomilenarismo ‘judío’ y surgimiento de la nación cristera”. A partir de la propuesta sobre las comunidades imaginadas de Benedict Anderson, el autor presenta un estudio de caso sobre la región de Los Altos de Jalisco. El hilo conductor es que, en esta comarca, “se conformó una sociedad regional, pero con características de nación —como una comunidad imaginada— pero paradójicamente retomando elementos de un reino dinástico, acompañado de una comunidad religiosa, sustentada en un catolicismo cultural —con características neo-milenaristas, de sustrato hebreo—, lo cual contradice empíricamente las tesis de Anderson” (p. 86-87).

Para sustentar su análisis, López Cortés descansa en dos razonamientos. En el primero otorga la voz a un informante de la región, quien le indica que Los Altos de Jalisco es “el ombligo del mundo” en virtud de su origen blanco, su sustrato monárquico y antiseccular, su independencia

económica —vía los dólares que llegan de los emigrantes a Estados Unidos—, así como su cristianismo judío, cuya fe es la única genuina. El segundo argumento se suscita en el análisis que hace un investigador francés de la obra de Agustín Yáñez, en donde se le califica de milenarista y mística como resultado de su origen alteño.

Es claro que dentro de la aportación de López Cortés, la cuestión del “judaísmo” alteño es clave. Sin embargo, tal como lo reconoce el propio autor, esto no pasa de ser un episodio mítico al interior del imaginario, hasta el momento, de su único informante. También hay que señalar que no hay un rebatimiento a Benedict Anderson en el análisis de López Cortés, pues con relación a las “naciones”, si se sigue con atención al informador, se podrá apreciar que éste distingue diáfananamente entre la gente de Los Altos y los demás. Lo que se ejemplifica cuando indica que “México no es una república homogénea sino una amalgama de *nacionalidades* sustentadas en regiones de todo el país” (p. 87, cursivas nuestras), lo cual concuerda con lo que la propia Anderson, citada por el autor, señala: “La nación se imagina limitada porque incluso *ninguna se autoimagina con las dimensiones de la humanidad*” (p. 84, cursivas nuestras).

La cuarta aportación se debe a la autoría de Rogelio de la Mora: “Las guerras santas a la vuelta del milenio”. Dentro de la perspectiva de los

acontecimientos actuales, éste es, sin duda, el artículo de mayor interés, puesto que el análisis que realiza el autor encuadra perfectamente con las preocupaciones mundiales desatadas a raíz de los sucesos del 11 de septiembre del 2001. No hay que olvidar que la caída de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, impuso en el discurso mundial la perspectiva de la "guerra santa" de carácter global, si bien grupos radicales islámicos la venían pregonando con anterioridad. Por ello, es muy pertinente que el presente escrito busque

Analizar y tratar de explicar la naturaleza y evolución reciente de las llamadas guerras santas, así como de ciertas formas inéditas de conflictividad. Se pondrá especial atención en identificar las grandes líneas del papel jugado por los Estados (conservación o extensión de las áreas de dominación por las élites dominantes), en su mayoría de Asia, en cuyos territorios se han presentado casos de guerra santa. Esto mismo nos llevará a abordar la violencia de grupos religiosos fundamentalistas, tales como *Al-Qaeda*, la internacional 'jihadista' que recientemente se ha expresado a través de la táctica militar del terrorismo en contra de Estados Unidos (pp. 108-109).

Partiendo de la definición de la guerra y trazando una línea que pasa a través de la religión y llega hasta la

"guerra santa", que asimila al Islam, el autor analiza el cómo y en qué contexto se vienen presentando estos conflictos armados. Es muy tajante al señalar que, si bien las guerras religiosas siempre han existido, el fenómeno que aborda es de carácter hasta cierto punto particular:

Las razones de la guerra moderna no coinciden siempre con los argumentos que los beligerantes enuncian públicamente para legitimar su violencia. En tal sentido, la visión religiosa propone poderosos argumentos de legitimación. Por ello, el lenguaje de la guerra santa es en algunas ocasiones utilizado sin recato por activistas políticos, deseando aportar una legitimidad sagrada a causas que no reúnen las condiciones espirituales y legales de la *jihad* (p. 119).

Después de una breve enumeración de los conflictos - presumiblemente "guerras santas"-, ubicados sobre todo en Asia y cuya característica principal fue el enfrentamiento entre musulmanes y judeo-cristianos, el autor se centra en la relación entre la "guerra santa" y el terrorismo, y aborda el análisis de las estrategias de combate utilizadas. En primer término, revisa el papel de la internet, donde -a tono con los tiempos que corren- se presenta la "ciber-jihad", actividad bélica que, como parte de sus acciones, sabotea las páginas web de los intereses de

los enemigos, obviamente asociados con el demonio, y que pueden ir desde la Coca-Cola hasta el mismísimo George W. Bush. Acto seguido, se aborda una cuestión nodal. A partir de la caída del bloque soviético, se viene presentando un fenómeno que, desde el S-11, se aprecia con mayor nitidez. Ahora las guerras ya no son entre Estados, dice el autor, aunque éstos estén cuando menos de telón de fondo, sino que pueden ser entre un Estado y un particular y viceversa.

...nos encontramos con que Estados Unidos reconoce pública y formalmente como beligerante, no al terrorismo en abstracto, sino a Bin Laden y un puñado de combatientes, reagrupados en torno a la red Al-Qaeda. Por su parte, Bin Laden reconoce como enemigo absoluto, no a los cristianos ni a los occidentales en general, sino a los Estados Unidos, representación de hostilidad absoluta (p. 126).

Si lo ponemos unos minutos adelante, Estados Unidos no reconoce como enemigo a Irak, otro Estado nacional, sino sólo a Saddam Hussein y a la élite gobernante de dicho país, al punto que la “nueva guerra” recibe el nombre militar de “Libertad iraquí”.

Resulta muy interesante el análisis en torno al reclutamiento y financiamiento de la red Al-Qaeda, así como la mención sobre la manipulación propagandística en ambos bandos, lo que da como resultado que por un lado “Bin

Laden califica a Estados Unidos como el mal supremo de Occidente. Por su parte, Estados Unidos coloca a Bin Laden y sus seguidores fuera de toda legalidad, de la humanidad misma” (p. 129). Tal situación permite, a los ojos de quien la realiza, justificar los actos cometidos en contra del otro, así se trate de la mayor de las atrocidades, como ha sucedido en el caso de “Libertad iraquí”.

Si bien el tema es muy pertinente y el análisis adecuado, cabe señalar que en el escrito los bandos se presentan como inconexos, sin relaciones entre sí, más que la propiamente beligerante donde la intención es eliminar al de enfrente. Sin embargo, visto desde una perspectiva histórica, habría que preguntar ¿qué pasa con las relaciones que, en distintos tiempos, han establecido los Estados Unidos –a través de diversas agencias– y los actuales terroristas, y de qué modo tales vínculos han incidido en la formación del panorama actual? No hay que olvidar, por citar sólo un ejemplo, que hasta antes del S-11 los talibanes fueron tolerados, y de hecho durante la invasión soviética a Afganistán fomentados de manera abierta por los Estados Unidos. La relación del entonces presidente estadounidense, George Bush, con Osama Bin Laden ha sido ampliamente documentada por la prensa de ese país. En ese sentido, insisto, ¿de qué manera tal situación permea lo expresado por el autor?

El quinto de los escritos aborda "Los marcos neurofisiológicos y sociales de la experiencia religiosa" de Víctor Manuel Alcaraz. El autor inicia con la definición y descripción amplia, que no "densa", de una serie de fenómenos ligados a la experiencia religiosa. Busca distinguir entre las formas de aprehender el universo que tiene el ser humano, las "racionales" de la ciencia y las "emocionales" de la religión. Al señalar que ambos campos no están tan distanciados, pues al final de cuentas "una y otra representan explicaciones de la naturaleza" (p. 136), sostiene:

Ciencia y religión forman entonces acercamientos distintos al acontecer del universo [...] una, la explicación científica, es considerada obra propia de la humanidad. Otra, la explicación religiosa, es calificada de autónoma porque, por así decirlo, se le vino encima al ser humano cuando tuvo la experiencia del pasmo, el asombro, la consternación, el azoro, ante lo que le resultó incomprensible, pero que pudo finalmente salir de esa fuerte perturbación por medio de la revelación que le sobrevino (p. 136).

Llama la atención el laxo manejo del término "explicación", puesto que, si se sigue con atención al autor, no significa lo mismo cuando es aplicado al contexto de la ciencia que al utilizarse al de la religión, pues queda claro en el texto que mientras la

primera se evalúa y debe corroborarse, la segunda, por su mismo origen, no puede pasar por ese proceso.

Como ya lo indiqué, forma la mayor parte de este artículo la descripción de los siguientes fenómenos, asociados a la experiencia religiosa: el mito, el rito, la inspiración profética, la oración y el éxtasis místico. A partir de textos vinculados al Viejo Mundo, se define y se describe el contexto social de cada una de estas manifestaciones, indicando el tipo de turbación inherente cuando los creyentes expresan a través de ellas su relación con lo sobrenatural. Es de señalar que, en estos apartados, la descripción que se hace de las emociones tiene un carácter más bien psicológico y enmarcado en lo social.

La parte final del artículo busca establecer, primero, cuáles serían las manifestaciones a nivel neurológico que acompañan a los fenómenos arriba descritos. Sin embargo, la descripción hecha queda en un nivel demasiado general, reflejo de la dificultad que todavía existe para vincular cualesquier actividad social humana con el trabajo del cerebro a nivel neuronal. Justo es decir que esto no es atribuible al autor, o no de manera exclusiva, sino al nivel de avance en los conocimientos que existen en torno al cerebro y su dinamismo. Precisamente es ese intento —la vinculación de lo neuronal con la experiencia religiosa—, lo que cierra, a manera de conclusión, el artículo y

donde se demuestra la dificultad señalada. Indica el autor:

Vemos así cómo la manipulación de las sustancias neuroquímicas del cerebro y las activaciones del sistema límbico ante situaciones límite, buscadas o inopinadamente encontradas, en el marco de un particular grupo social, dieron lugar a experiencias que nos han proporcionado modelos para comprender el mundo, los cuales podemos aceptar o no, pero que han servido para darle seguridad a quienes 'religados' ganaron seguridad en sus vidas (p. 164).

En la cita existen varios elementos discutibles. Primero, el término "manipulación" hace referencia a un acto voluntario, sin embargo en el desarrollo del artículo no se aprecia cómo sería posible ese recurso por parte del individuo. Segundo, tampoco es suficiente para explicar, sobre todo en la actualidad, que la misma manifestación religiosa puede llevar a una persona, y a otra no, a un estado de "revelación". Y tercero, observando los dos comentarios anteriores, esto sugiere que dichas condiciones sólo pueden ser individuales, aunque estén enmarcados en un grupo social, puesto que el sistema nervioso únicamente responde a cada individuo. ¿Cómo, entonces, en este momento poder explicar lo que sucede si nuestro conocimiento de la actividad cerebral todavía no puede

ligarse de manera directa con la vida en sociedad de los seres humanos?

Cierra la parte dedicada a los artículos originales el escrito de Ricardo Ávila, "¿Estruendos apocalípticos o fin de ciclo?" Una relectura crítica". Aquí, Ávila retoma lo escrito en el primer número dedicado al milenarismo, y hace una reflexión en torno al tema que nos ocupa a partir de los comentarios que recibió en la presentación de dicha entrega. Inicia definiendo y contextualizando términos tales como apocalipsis, mesianismo, milenarismo y escatología, para a continuación discutir algunos ejemplos históricos que pueden ser analizados bajo los conceptos anteriores, resaltando aquellos hechos ocurridos durante el siglo XX, sin faltar el tristemente famoso S-11.

A continuación, discute el relevante papel que juegan los medios de comunicación, principalmente la televisión y ahora la internet, en la difusión y creación del malestar social con lentes apocalípticos, donde la gran carga informativa—muchas veces basura—que provoca la alienación del individuo y acaba por quedar totalmente desinformado. Señala, siguiendo a Herbert Marcuse, que tal fenómeno

podría tender a su superación o manejo, en la medida en que la sociedad fuese más liberal con sus miembros, específicamente de cara a las pulsiones de su *libido*. La idea subyacente en el

planteamiento anterior es que la enorme tensión entre las dos pulsiones esenciales de la experiencia humana, Eros y Thanatos, daría mayor vigor al sentido creativo de la primera, mientras que la segunda podría ser aceptada y manejada con flexibilidad, de tal manera que las fuerzas destructivas que subyacen en la sociedad no tendrían tanta beligerancia (pp. 175-176).

A partir de lo anterior, repasa brevemente lo que son los problemas fundamentales de la humanidad y del planeta, señalando que en la actualidad tales conflictos tienen una escala global, y, por ende, solamente de esa manera podrían —decimos aquí— buscarse las soluciones pertinentes y duraderas. Tales cuestiones plantean, como una posibilidad real, la extinción del *Homo sapiens*, que de acuerdo con el autor, de darse no sería producto de cuestiones de carácter biológico, sino de factores culturales.

Si bien Ávila reconoce que pronosticar qué es lo que sucederá con el sistema global en el futuro es prácticamente imposible, sí se atreve a señalar que la situación que se está viviendo en la actualidad puede ser el producto de la decadencia del sistema capitalista. Sin embargo, el colapso no se presume como inminente, ni siquiera como repentino. Basa sus razonamientos en la observación histórica del proceso de caída de otros modos de producción. Señala entonces que, más que un resultado directo

de la decadencia, “los movimientos de corte milenarista o apocalíptico del presente tendrían que ser considerados, en buena medida, como respuestas a las fallas del sistema y a la crisis de credibilidad del orden social mismo” (pp. 180-181).

Sigue una reflexión en torno a la posibilidad de acceso al conocimiento total, donde se encuentra uno con una reflexión en torno al “modelo circular” de concepción de la realidad, según el autor, propio de las sociedades prehispanicas de Mesoamérica. Aunque a primera vista el tópico parece fuera de lugar a lo largo de la discusión, la pregunta es pertinente, si bien la respuesta merecería un espacio mayor al que le fue otorgado.

Para concluir, Ávila hace una reflexión sobre la manera en la que el pensamiento, principalmente el religioso, subyace a las acciones del ser humano, y en este caso en especial al de los movimientos milenaristas y apocalípticos. Señala también que, en este momento, no se vislumbra la posibilidad de acceder al conocimiento total. Remata su propia discusión consigo mismo y con su crítico particular. Sin embargo, al igual que el autor, queremos resaltar la frase de Hans-Georg Gadamer: “¿Sabe usted? La única frase que quiero defender sin restricción alguna es que los seres humanos no pueden vivir sin esperanza” (p. 185).

En la sección de documentos se presenta un ejercicio de clarividencia

cia a futuro, realizado por el gobierno de los Estados Unidos a través del Consejo Nacional de Inteligencia (National Intelligence Council), denominado "Tendencias globales 2015: Un diálogo sobre el futuro con expertos no gubernamentales". Aquí se discuten las inclinaciones que seguiría el planeta a partir de cuatro escenarios globales: la globalización inclusiva, la globalización perniciosa, la competencia regional y el mundo post-polar. Hay que señalar que, de acuerdo con lo expresado en el texto, estos cuatro escenarios no son completamente excluyentes entre sí, sino que los dos primeros, contrarios entre sí, pueden verse como complementarios de los segundos. En cualquiera de los casos, es condición *sine qua non* la hegemonía mundial de los Estados Unidos, y está implícito que de lo que se trata es de identificar cuáles serán los potenciales puntos de conflicto, con la finalidad de poder sofocarlos antes de que pon-

gan en peligro la supremacía estadounidense. Es interesante hacer notar que se trata de un análisis de lo que sucederá a nivel global, en donde subyace la idea de que los Estados Unidos no tendrán mayores cambios en los tiempos por venir. Obviamente sería llamativo conocer cuáles son los resultados que sobre la vida interna nacional debe tener la misma agencia del gobierno norteamericano.

Cierra la revista la reseña del libro *Peregrino a Santiago. Viaje al fin del mundo*, de Manuel Mandiánes, escrita por Alicia Velázquez. Llama la atención por su extensión, 22 páginas, que convierten al escrito más que en un resumen, en un ensayo descriptivo, lo que queda fuera de la tradición de la revista. En ese sentido se extraña que, a diferencia de los anteriores números, este espacio no se dedique a dos o tres títulos más, relacionados con la temática abordada.